

LA MAS TRAGICA DE LAS CRISIS

Basta abrir los ojos para percatarnos de una ineludible realidad: sobre las naciones todas pesan hoy torturantes problemas que, entretejiéndose apretadamente, forman una angustiosa red que las envuelve y oprime. Problemas de la post-guerra. Problemas para las naciones que fueron beligerantes y para aquellas que, aun habiéndose mantenido en paz, no pueden menos de sentir las hondas repercusiones de la catástrofe.

Puertas adentro de nuestra Patria, flotan también en él ambiente innumerables preocupaciones: ahí están los bosques vírgenes que ocultan recelosos sus incomunicadas esperanzas; los dilatados llanos todavía no saneados; los problemas de la raza, las comunicaciones, el obrero, etc. etc.

Pero entre todos estos problemas, hay uno, palpitante, ineludible, que no solo nos afecta a nosotros también es mundial: la penuria de hombres.

Porque más importante que la selva o el llano, el jornal o la raza, es solucionar la honda crisis que hoy atraviesa la humanidad: la escasez de hombres.

Y no me refiero precisamente a la paulatina disminución del pueblo por la exigua natalidad de propósito pretendida y limitada.

Se trata de otra crisis.

La Humanidad posee hoy técnicos admirables: testigo la reciente guerra, irónico derroche refinado de las últimas conquistas de la ciencia.

Posee investigadores, políticos, genios militares, hombres de acción.

Sin embargo, los que preocupados por la suerte del hombre, siguen con angustia el ritmo de la vida moderna y auscultan trepidantes la febril agitación de nuestro tiempo, no dudan en condensar su impresión en una fórmula dolorosa: la Humanidad de hoy padece crisis de hombres.

¡Crisis de hombres! La más dolorosa, la más trágica de las crisis!

No se trata ya de sabios, ni de técnicos. Se trata de hombres. Es decir: de quienes han logrado llegar a aquel soñado ideal de plenitud armónica e integral, a aquel sano humanismo, a la plena madurez interior. Hombres que vivan su propia vida, la vida de su yo íntimo e incomunicable: no una vida de prestado, vivida a sorbos, entre la loca polvareda de un remolino de impresiones furtivas.

Crisis de hombres: no ya de quienes atesoren conocimientos: estos podrán ser enciclopedistas; o de quienes sobresalgan en la industria o el comercio. El hombre es algo más... infinitamente más...

Un profundo pensador moderno ha examinado con finura psicológica las causas de esta bancarrota de hombres. Y entre otras, cree poder atribuirle a lo que él llama la *intranquilidad moderna*.

Mejor que *"intranquilidad"* podría llamársele *"agitación"*, *"fiebre psicológica"*. Porque no se refiere Archambault a esa noble actitud del espíritu

superior que, incapaz de descansar definitivamente en la fugitiva realidad presente, se remueve en intranquilo aleteo hacia un horizonte, un mañana, un algo mejor. Esa intranquilidad crea el genio.

En cambio la agitación que atraviesa y embebe el alma moderna es su antítesis: denota superficialidad de espíritu y de ella nace, y en vez de ir sacando a flor sus hondas capacidades, las va anestesiando y matando. Sólo se contenta con una serie de superficiales impresiones.

En parte, es reflejo de la moderna industrialización del mundo. Porque si los adelantos de hoy no son reprochables; el hombre debe, sí, saber usar de ellos, dominarlos, jerarquizarlos. Y, desgraciadamente, ha pasado lo contrario: el hombre ha caído oprimido bajo la fría maquinaria fruto de sus manos; y la misma sonoridad de las ondas por él lanzadas, ha venido a ensordecerle, impidiéndole escuchar superiores armonías...

Cito las palabras de Archambault: "Poderosas son las causas que explican esta intranquilidad. Responde ésta, ante todo, al vértigo, que se ha apoderado de todos, de espacio, velocidad y novedades. Intranquilidad propia del siglo de auto, del avión, del cine y de la telegrafía sin hilos. Caracteriza a maravilla estos tiempos de audaces exploraciones, de arriesgadas experiencias, de revoluciones inauditas, índices de una avidez insaciable. El hombre moderno necesita medios de transporte que hagan retroceder indefinidamente los límites del mundo, haciéndolos cada vez más accesibles: la vuelta al mundo en pocas horas. Necesita espectáculos que ocupen un minimum de tiempo con un maximum de emoción y de visualidad, aunque para ello sea necesario sacrificar el goce sereno, no menos que la percepción nítida y la inteligencia precisa. Necesita periódicos que, por sólo sus títulos, leídos de prisa al pasar por una estación, le informen sobre los últimos acontecimientos del mundo. No lo dudamos: si la radio-difusión se nos ha hecho tan imprescindible, es por que ella nos acaba de quitar todo aquello que podía quedarnos de silencio y soledad; nos da la certeza de poder huir a cada instante, de nosotros mismos, y de los

últimos refugios de la vida interior. ¿Cómo podríamos aceptar las leyes lentas y rigurosa del pensamiento disciplinado, de la investigación prudente, de la acción reflexiva y realista, de la evolución sabiamente progresiva? Dios, poderes y leyes han quedado eliminados; nuestra voluntad, entre tanto, conserva el sentimiento de una tensión intolerable; el universo ha sido investigado, sondeado, despojado, vaciado, y sin embargo... nuestra hambre permanece insatisfecha; entonces, se saca la conclusión: no hay más libertad ni más posibilidad de satisfacerse, fuera del acto mismo de búsqueda febril. El ideal ha sido destruido; la realidad ha perdido sus títulos; lo posible comienza a mostrar sus límites: el hombre moderno exclama, a pesar de todo: más allá, siempre más allá. Nada queda como objeto de una espera, nada por conquistar: queda, sí, la fiebre del movimiento, de la búsqueda intranquila, de la obsesión..." (Paul Archambault: *Plaidoyer pour l'Inquiétude*. "L'aventure qui emporte tout", p. 116-117).

Según, pues, este pensador —y hoy son escuela— padecemos "crisis de hombres".

La preocupación moderna no se dirige a formar personalidades fuertes, psíquicamente robustas; hombres de voluntad de acero; curtidos a todos los soles; avezados a la lucha y al sacrificio.

Por eso —lo ha advertido otro conocido escritor— obras como la Divina Comedia no serían posibles en nuestros días. Porque el Inmortal Poema supone una madurez interior, y un clima de soledad y plenitud, incompatibles con la fiebre convulsiva que hoy sacude el mundo.

Raíz y consecuencia de esta agitación es el materialismo sofocante que, como pesada atmósfera, gravita hoy sobre la sociedad.

Si la fiebre del buscar, el vértigo de la velocidad, lo que se ve y toca y palpa, son lo único que seduce y encadena ¿cómo enfrentarse con la serena majestad del mundo espíritu?

Hacia un ideal de hombre mejor

Por eso es necesario, imprescindible, hacer un llamamiento, sobre todo a la

nueva juventud de la Patria, hacia un ideal de "hombre mejor".

No compartimos todas las ideas de Unamuno en su conocida obra de la vida de Don Quijote; pero sí alabamos y admiramos su decidido empeño por resucitar, en pleno siglo XX, carcomido de materialismo, la noble figura empolvada de Don Quijote, cifra y símbolo de todos los idealismos. Y Unamuno tiene el valor de proponer esa macilenta figura como supremo ideal ante un mundo que se derrumba fracasado.

Es que Don Quijote es la representación simbólica, llevada hasta el límite, del triunfo de los valores del espíritu sobre los vergonzosos intereses materiales o la cómoda postura de los satisfechos... En él todo es espíritu e idealidad.

Ante su mente flotan de continuo un mundo de valores ideales que le seducen con mágica atracción: deshacer entuertos, amparar doncellas, salir por los fueros del honor, de la justicia, hacer locuras por su Dama...

Y hemos dicho la palabra: tan clavados lleva estos ideales en su espíritu, que se le han convertido en obsesión, en locura y han creado "un estilo de vida". Porque Don Quijote es un con-

sagrado al ideal; lo dicen lo mismo la extraña indumentaria que usa que sus heroicas hazañas. El usa lanza y escudo cuando todos han olvidado ya tales armas. Acomete molinos y leones contra el parecer de todo el mundo. Es un terco enamorado de la gloria. Es un decidido partidario de todo lo noble, lo difícil... Por eso, su vida posee toda la austeridad de un penitente, y toda la policromía de un manantial.

En medio de la loca agitación materialista de hoy, sería de desear que auras de idealismo recorrieran nuestro pueblo o, en expresión del citado autor, que se levantara de su tumba Don Quijote y viniera a salvarnos de la catástrofe.

El podría enseñar a nuestros jóvenes el secreto de ser hombres: personalidades recias, hombres de carácter: desde la manera de curtir el cuerpo al sol, hasta la forma de templar el espíritu, acostumbándolo a la vida, concebida como conquista, lucha, superación....

Pero en el fondo ¿no es el Cristianismo la escuela más sublime de idealismo?

Y ¿no se profesaba Don Quijote el más cristiano de los caballeros andantes?

Carlos Guillermo Plaza, S. J.

